SESION DEL AYUNTAMIENTO

El repeso del pan.—Nuevas denuncias.—Varios incidentes

A las diez y media de la mañana comenzó la sesión, presidiendo el alcalde interino, señor García Molinas.

Leída el acta de la anterior, hace uso de la palabra el Sr. Quejido para solicitar que consten, como las suyas, en la misma forma que se formularon, las denuncias del Sr. Aragón, quien afirmó que se «robaba» en el peso de todos los artículos, y no que se «defraudaba», como reza el acta.

Manifiesta el Sr. Aragón que no tiene ningún inconveniente en que la palabra «fraude» se sustituya por la de «robo», aunque cree recordar haber pronunciado la primera.

El Sr. Valdivieso estima que estas aclaraciones deben ser remitidas al Juzgado.

Vuelve á hablar el Sr. Barrio para retirar una solicitud de licencia que tiene hecha, para ponerse á disposición de las autoridades judiciales, en virtud de la querella presentada contra él.

—No existe tal querella—le responde el señor Aragón,—sino únicamente una excitación al Juzgado para que inquiera si existe materia penable en las denuncias formuladas por su señoría.

—Sin embargo—repone el concejal socialista,—yo quiero retirar esa petición de licencia, porque opino que no debo ausentarme de la corte en estas circunstancias.

El Concejo así lo acuerda.

Antes de entrarse en la orden del día, pide la palabra el Sr. Quejido, para hacer algunas manifestaciones relacionadas con las denuncias hechas en la sesión anterior, y de las cuales se hace solidario. El, por su cuenta, tiene también algo que exponer, relacionado con el asunto del pan.

El presidente dice que, de cuantas denuncias se hagan en la sesión, se tomará nota para que intervenga el Juzgado.

Laméntase el Sr. Quejido de que no se halle presente el alcalde, Sr. Francos Rodríguez, para decirle que la costumbre implantada por él de llevar las denuncias á los tribunales de justicia y recomendar á los taquígrafos que transcriban fielmente las palabras, equivale á poner una mordaza á los concejales que se preocupan de los intereses del pueblo y tratan de descubrir los bajos fondos de la inmoralidad.

Se extraña de que mientras se habla todos los días de los tribunales, no se lleve ante éstos á altos funcionarios municipales que suelen bordear el Código.

No ocurrirían—añade—tales anomalías si se hiciese una verdadera oposición.

Refiriéndose á los panaderos, dice que éstos se extrañan de que se les detenga para repesarles el pan, y cuando esto ocurre suelen decir ingenuamente: —Creíamos que este asunto estaba arreglado; para eso cobra «cien pesetas» el inspector X.

Un caso semejante originó el traslado de dos guardias de un distrito á otro.

Se ocupa del distrito del Hospicio, cuyo teniente alcalde, si bien ha logrado ganar fama de honrado, no ha conseguido la de enérgico, pues los funcionarios á sus órdenes no cumplen como deben.

Aplaude la conducta del Sr. González Alberdi, teniente alcalde del distrito de la Inclusa, el cual tiene á raya á los funcionarios subordinados suyos, por cuyo motivo puede obligar á los panaderos á que den el peso justo en el pan, defendiendo de este modo los sagrados intereses del vecindario.

Dice que la mayoría de los juicios de faltas por denuncias contra los panaderos no se celebran en los distritos á que pertenecen los denunciados, sino en otros, y deduce de todo lo dicho que la denuncia de su compañero Barrio no se basa en rumores del arroyo, sino en hechos indudables é irrebatibles.

Concluye exponiendo su opinión de que, siendo ésta una cuestión de ética, no procede someterla al Juzgado, sino resolverla dentro del Municipio. Estima que todos los concejales que puedan llamarse independientes deben tener el valor de levantarse y aprobar con su palabra honrada y con su voto la denuncia formulada por el socialista Barrio.

El Sr. García Molinas cree que el señor Quejido cumple con su deber denunciando hechos que estima delictivos, y promete averiguar lo que haya de cierto en lo que se refiere al distrito del Hospicio; pero hace constar que el vecindario no auxilia como debiera á las autoridades municipales.

Rectifica el Sr. Quejido y exhibe una papeleta, con la cual—dice—demostraré que se falsifican documentos para burlar el repeso del pan.

El Sr. Aragón usa de la palabra para decir que si el Sr. Barrio hubiese hecho la denuncia en la forma que la ha presentado el Sr. Quejido, el asunto no habría tomado el giro que lleva.

Dice que los tenientes de alcalde, sin abrogarse ningún derecho, llegaron al Juzgado para ayudar la acción de éste, exponiendo la denuncia del Sr. Barrio que, con sus palabras, dió á entender que algún teniente de alcalde percibía 1.000 pesetas á cambio de complacencias con los tahoneros.

En esto no hay malicia ni malevolencia, sino el deseo de los socialistas de que se esclarezca la verdad.

Recuerda que dijo en cierta ocasión que el repeso era difícil por muchas causas, entre ellas la complacencia de algunos funcionarios, y aseguró que, de haberse sorprendido á alguno de éstos, hubiese sido castigado inmediatamente.

Lo que ocurre es que al indagar se tropieza con el anónimo. Además, el teniente alcalde, autoridad administrativa, no puede llevar á los tribunales á los industriales, cosa que prohibe el sentido moral. Pregunta si puede cerrarse una tahona por falta de unos gramos, y algunos contestan: «¡Eso es una exageración!»

Insiste en lo dicho por el Sr. García Molinas de que el público no ayuda la gestión de los tenientes de alcalde, y añade que á veces las denuncias no son ó no pueden ser ciertas.

Cita, al efecto, lo que le ocurrió con un panadero, precisamente dueño de la tahona de que se surtía el Sr. Barrio. Dicho industrial, que fué castigado por el Sr. Aragón por faltar en una pieza de pan nada menos que 150 gramos, pidió ser oído por el teniente alcalde, y ante éste dijo que aquel pan, denunciado por el Sr. Barrio, lo elaboró un obrero que había sido despedido aquel día. El industrial opinaba que el operario mermó á propósito el artículo para vengarse, puesto que él sabía que el concejal socialista denunciaría el hecho al notar la falta en el peso.

La denuncia—continúa el Sr. Aragón—ha derivado en los funcionarios de las Tenencias de alcaldía, por lo cual pide que á más de la intervención de los tribunales se instruya expediente á todos los secretarios é inspectores, solicitando de los socialistas que declaren en él.

El Sr. García Molinas manifiesta que ya lo había hecho en cuanto se refería á su distrito; pero que se extenderá el expediente á todas, como se desea.

El Sr. Quejido rectifica, para decir que lo que hay que depurar es la responsabilidad moral de los tenientes de alcalde, los cuales, con sus compañeros monárquicos, se opusieron á que fuera aprobada una proposición en la que se pedía que los secretarios ocupasen sólo dos años sus cargos.

El Sr. González Hoyos se extraña de que el Sr. Quejido no haya dicho los nombres de dos guardias castigados y la fecha en que esto ocurrió, pues él desconoce el hecho.

Alude á su antecesor en el distrito de la Universidad, Sr. Uceda, por si éste tiene á bien explicar lo ocurrido.

Examina, como su compañero Sr. Aragón, las dificultades que se oponen para llegar al castigo de los delincuentes; porque hay fabricantes de pan que cuentan hasta con ciclistas para avisar á sus dependientes cuando hay repeso.

Al oir esto el Sr. Rosón, indignado, pide que se cierren las tahonas que apelen á tales medios para burlar las Ordenanzas municipales.

El Sr. González Hoyos expresa su deseo de que se formulen las denuncias con valentía y presentando pruebas; no con rumores de la calle. Por su parte se ha preocupado del asunto, buscando, como sabe el Sr. Barrio, la cooperación de los obreros de la Casa del Pueblo para el mejor éxito del repeso.

Después de breves frases del Sr. Abellán, interviene en el debate el Sr. Rosón, y dice que la nota de que habló el Sr. Quejido le fué entregada por un fabricante, el cual, al preguntarle si iría ante los tribunales, caso de ser presentada la denuncia, manifestó que no. Después expuso su opinión de que no puede ejercerse el cargo de teniente alcalde en la forma que se hace hoy.

El Sr. Aragón, al rectificar, dice que bajo el manto de la moralidad hay una campaña política, en la que se ha tomado como blanco el distrito del Hospicio, donde los republicanos han perdido las elecciones.

En cambio se elogia al teniente alcalde del distrito de la Inclusa, donde la victoria de republicanos y socialistas ha sido completa.

Estas palabras producen protestas de socialistas y republicanos.

El presidente cree que está suficientemente discutido el asunto, y llama la atención de los concejales para que se fijen en que en la orden del día hay cuestiones de importancia para el pueblo de Madrid; pero muchos de aquéllos expresan su deseo de hablar.

Insiste el Sr. Aragón en que en toda esta campaña hay un interés político bastardo.

El Sr. Barrio lo niega, y dice que lo que se debate es un asunto de moralidad. (Protestas en los bancos monárquicos.)

El concejal socialista insiste en las afirmaciones de anteriores sesiones y ruega que el pueblo no secunde la gestión de las autoridades municipales.

Se ocupa del incidente de la sesión anterior, y dice que una Comisión de tahoneros visitó en cierta ocasión á un teniente alcalde para ofrecerle dinero, y los comisionados trataron de convencerle diciéndole que en todos los distritos daban los industriales una cantidad mensual.

El concejal aludido negóse en absoluto á aceptar la proposición.

Dice que él ha llevado denuncias al Juzgado y todavía no le ha requerido el juez para que se ratifique.

El Sr. García Molinas advierte que es más de la una y aún no se ha entrado en la orden del día.

El Sr. Catalina expone que los tenientes de alcalde son los primeros convencidos de que sus subordinados no cumplen con su deber, y opina que el repeso debían realizarlo los tenientes de alcalde, como se ha hecho en otras ocasiones, de madrugada y sin dar tiempo á los tahoneros para que se pongan en guardia.

Termina diciendo que los republicanos tienen derecho á pedir que los tenientes de alcalde sean nombrados por el Municipio, y por tanto, á ejercer ellos dichos cargos.

El Sr. Piera explica lo ocurrido con algunas denuncias durante el tiempo que desempeñó la Tenencia de alcaldía, y dice que mientras él ejerció el cargo en el distrito de Palacio ningún panadero mermó el peso en el pan.

El Sr. Uceda sostiene que deben depurarse las denuncias y exigir las correspondientes responsabilidades.

Respecto á lo dicho por el Sr. González Hoyos, no recuerda el hecho; pero si efectivamente tuvo lugar, sin duda porque su buena fe fuera sorprendida por algún funcionario, está dispuesto á arrostrar las consecuencias.

Confirma la denuncia del Sr. Barrio, referente al ofrecimiento de dinero que le hizo un tahonero, no una Comisión, á cambio de que renunciase al repeso, y añade que el sujeto en cuestión hubo de manifestarle que los panaderos se habían reunido en un café para señalar las cantidades que habían de repartirse entre los tenientes de alcalde.

—Debió usted—dice el Sr. González Hoyos—tirar al visitante por el balcón ó entregarlo á los tribunales.

El Sr. Uceda manifiesta que de sus actos responde él solo y que tiene la conciencia tranquila.

A ruegos del Sr. Gayo, ofrece la presidencia entregar al Juzgado las denuncias formuladas en la sesión.

El Sr. Rosón no está conforme con el sistema, por estimar que encierra una coacción.

El presidente lo cree un deber elemental, sin perjuicio de los expedientes que se instruyan.

El Sr. De Carlos solicita el apoyo del Concejo para la instrucción de los expedientes.

Apruébanse varios asuntos sin interés. Sobre la mesa quedan algunos de importancia; entre ellos, el relativo al teatro de la Gran Vía, que permanece en el olvido desde hace cuatro semanas que se halla puesto á discusión.

Pasaron á las Comisiones correspondientes varias proposiciones y se dió por terminada la sesión después de las dos de la tarde.

EL HOMENAJE A BÉCQUER

POR TELEGRAFO

[DE NUESTRO CORRESPONSAL]

Sevilla 9 (7,10 noche)

La hermosa idea de los ilustres escritores D. Joaquín y D. Serafín Alvarez Quintero de rendir un homenaje á Bécquer, al gran poeta sevillano, tuvo hoy su completa realización.

En el teatro Cervantes se celebró esta tarde una fiesta literaria como preliminar de la inauguración del monumento, construído, como se sabe, con los productos de «La rima eterna».

La sala de Cervantes, adornada con gusto y sencillez, estaba brillantísima. Lo más selecto de la sociedad sevillana se apiñaba en ella, y en palcos y butacas veíanse hermosas mujeres tocadas con mantillas y prendidos de flores.

En los palcos de honor, adornados con tapices, estaban todas las autoridades.

Después de una sinfonía, se representó la loa «El ensueño de la ensoñadora», epílogo de «La rima eterna», escrita por sus mismos autores para esta fiesta.

La escena representa un hermoso jardín, á uno de cuyos lados se alza un busto del poeta. La Ensoñadora (María Guerrero) va evocando distintos personajes becquerianos que desfilan ante el busto del poeta diciendo versos y arrojando flores.

Al terminar el desfile, María Guerrero recita, con la maestría y el encanto de voz que sólo ella posee, unas rimas admirables.

El público, puesto en pie, ovaciona á los actores y á los autores.

La emoción de éstos es grandísima y claramente visible.

Después, D. Serafín Alvarez Quintero había de haber leído un discurso ofreciendo á Sevilla el monumento á su poeta; pero el señor Díaz de Mendoza adelantóse al proscenio y dijo que la emoción que embargaba al señor Quintero era tan grande, que le impedía leer el trabajo y le había conferido á él tal misión.

Leyóse el discurso, que es hermosísimo, entre grandes aplausos, y después, concurrentes, actores y autores dirigiéronse al parque de María Luisa para descubrir el monumento.

La comitiva era numerosísima y pintoresca. A los actores, vestidos con los trajes de la loa, seguía «media Sevilla».

El momento de ser descubierta la estatua fué solemnísimo. El público prorrumpió en aplausos delirantes y en aclamaciones á la memoria del autor de las «Rimas» y vivas á los insignes hermanos Quintero, dignos continuadores de la gloriosa tradición de las letras sevillanas.—C.

EL TEATRO EN PROVINCIAS

LAS PALMAS.—En el teatro Pérez Galdós ha debutado la compañía dirigida por D. Luis Blanco.

Anuncia los estrenos de «En Flandes se ha puesto el sol», «Doña María la Brava», «La cena de las burlas» y «Juventud de príncipe».

CORUÑA.—En el pabellón Lino sigue actuando con éxito la compañía de Vicente Castilla.

ALICANTE.—La compañía de Balaguer ha estrenado con éxito en el teatro Principal «El ama de la casa».

Balaguer y Concha Catalá fueron muy aplaudidos. La compañía terminará sus compromisos el día 10 y el 20 debutará en el teatro Principal de Valencia.

BILBAO.—En Arriaga ha celebrado su beneficio el primer actor Rafael Ramírez.

En el programa figuraba el drama de Catarineu y Mata «La sombra», que gustó mucho, especialmente el tercer acto.

La compañía ha terminado su campaña, que fué muy brillante.

BADAJOZ.—En López de Ayala sigue actuando la compañía de opereta y zarzuela dirigida por Pablo López.

La Prensa local no hace grandes elogios del conjunto ni del repertorio y el público se muestra retraído.

VALENCIA.—En Apolo se ha estrenado «La casta Susana». La obra, presentada á todo lujo, tuvo un buen éxito.

En la interpretación distinguióse Adela Taberner.

En Ruzafa celebró su beneficio la graciosa tiple cómica Julia Campos. Figuraban en el cartel «La fiesta de San Antón», «El maestro Campanone» y el sainete «La fea del ole», con el estreno del cual tuvo su primer éxito en Valencia la aplaudidísima actriz.

En Eslava se ha estrenado «Música popular». La obra gustó mucho y valió un nuevo triunfo al Sr. Colóm.

CADIZ.—El día 16 comenzará á actuar en el Gran Teatro una compañía de opereta, dirigida por Danti Forconi.

ZARAGOZA.—Ha debutado en el Principal la compañía de Emilio Duval.

En Parisiana sigue actuando con éxito Porredón.

Los últimos estrenos fueron «Lirio entre espinas» y «Nuestro compañero en la Prensa».

ORENSE.—Con «La moza de mulas» y «El húsar» se ha presentado en el Principal la compañía dirigida por el primer actor D. José Muñoz.

SALAMANCA.—En el Moderno, donde actúa la compañía de José Domínguez, se anuncia el estreno de «La losa de los sueños».

SAN SEBASTIAN.—Se ha estrenado con éxito «La raza».

BURGOS.—Para la temporada de Pascuas ha sido contratada la compañía de Gutiérrez Nieto.

El primer estreno será el del vodevil en tres actos «El jipijapa».

MURCIA.—En el teatro Romea se ha presentado, con «El húsar de la guardia», «La gatita blanca» y el estreno de «Los holgazanes», la compañía dirigida por el maestro Cereceda y el primer actor Salvador Orozco.

SEVILLA.—Con «Primavera en Otoño», que obtuvo franco éxito, ha debutado en Cervantes la compañía Guerrero-Mendoza.

En el Duque se ha estrenado «La niña de los besos». La obra gustó mucho.

VALLADOLID.—En Lope de Vega se ha estrenado con fortuna «La casta Susana».

PALMA DE MALLORCA.—Ha debutado la compañía de Fuentes con «La corte de Napoleón».

Ensaya «La losa de los sueños».

PAMPLONA.—La compañía Comendador-Montenegro ha estrenado con gran éxito «En Flandes se ha puesto el sol».

Ambos artistas fueron muy aplaudidos.

VIGO.—La compañía Montijano estrenó con éxito en el teatro Tamberlick «La chocolatería».

Se anuncia «La losa de los sueños» y «El jipijapa».

RICARDO ARREDONDO

El pintor Ricardo Arredondo ha muerto en Toledo, su ciudad adoptiva. Arredondo era de Teruel y amó á Toledo desde su juventud, con un ímpetu ideal, cuyas consecuencias fecundas son un triunfo de Arredondo sobre la muerte. No sé si los naturales de Toledo aman á Toledo en alguna forma para mí desconocida; seguramente lo amarán aunque sólo sea amándose á sí mismos sobre todas las cosas; amor del que algo redundará en beneficio de su ciudad: lo que sé es que los toledanos, salvas contadísimas excepciones, ignoran el arte de Toledo; ignoran el valer de ese arte, desconocen su inmensa eficacia educativa; y en tan triste ignorancia y desconocimiento cruel, destruyen ó dejan destruir esa gran reliquia de nuestra historia. Pero Toledo es amado fervorosamente por los extraños que van á ella instruídos de lo que la mágica ciudad significa en nuestra historia y en el Arte del mundo, y unen á ese saber el don excelso del sentimiento del Arte. Ricardo Arredondo, Anastasio Páramo, Vega de Inclán, Rodrigo Amador de los Ríos, y cronológicamente este es el primero, y otros, son los verdaderos toledanos, los naturales de Toledo, del Toledo artístico, al que son extraños la gran mayoría de los vecinos de altas y humildes categorías que viven en torno de aquella catedral, de aquel Alcázar y de tantos otros monumentos, grandes como mundos y luminosos como astros, sin notar su grandeza ni sentir la impresión gloriosa de su luz espiritual.

Ricardo Arredondo se hizo artista en el trato íntimo como dibujante escrupuloso de nuestras grandes arquitecturas históricas. Son suyas muchas de las ilustraciones de la obra «Monumentos arquitectónicos de España». En esos trabajos se capacitó para amar á Toledo como artista y para estudiarlo como arqueólogo. Como colorista recibió el impulso de Fortuny.

Conservo viva la impresión que me produjeron las primeras obras que vi de Arredondo en una Exposición nacional, cuando vine de mi provincia, y siento aún el sensualismo de las alamedas del Tajo y de la canícula, que hacía temblar á la imagen de Toledo, calcinado por el sol del estío.

La luz es vida, y vale tanto, por lo menos como el contenido de esas expresiones que son todo el ideal humano: «la belleza, el bien, la verdad». Vale la luz más que el contenido de esas expresiones y que toda la ciencia y toda la labor humana, que pueden desaparecer á consecuencia de cualquier accidente geológico, meteorológico ó crisis histórica profunda; porque la luz es quien, en caso de desaparición de todo aquello, puede ofrecer á la humanidad renacjente los elementos necesarios para crear de nuevo cuanto hoy nos envanece. Nos hemos separado tanto de la Naturaleza, orgullosos de nuestras viviendas, comunicaciones, luz artificial y todo género de artificios, que no sentimos al Padre Sol; y hay que leer los himnos que le consagran indios y caldeos para saber lo que fué su luz, cuando todos los bienes de la pobre humanidad estaban compendiados en ella. Esos cánticos, limpios del misticismo tétrico y senil que aquejó después á las religiones, expresan la mayor ternura, la más espontánea, libre y candorosa gratitud que ha sentido el hombre.

La luz crea las flores del suelo y las del espíritu; la luz es sensación y es idea. No nos distraigamos hasta olvidar que, por altas y sutiles que sean ó nos parezcan las ideas, es difícil que puedan vivir mucho tiempo aisladas de la sensación, de la luz, de la Naturaleza. Está bien el idealismo metafísico; está bien el arte, la dramática, la novela, la literatura en general de ideas; pero á condición de volver pronto á las sensaciones, y lo mejor sería sentir é idear como en el Renacimiento. Hay que recordar estas cosas á los artistas neuróticos. Como si el sol, las sensaciones de una animalidad poderosa y el arte de la luz fuesen una porquería, abominan de los pintores naturalistas y de sus obras. Esos limitados tonalismos son tan repulsivos como una enfermedad sucia. Para mí, el entusiasmo con que al promedio del siglo anterior se lanzaron los pintores á estudiar la luz y abrasarse en ella es una de las más simpáticas genialidades de los tiempos modernos. Arredondo fué un tiempo el pintor del sol de Toledo.

De un papel que casualmente tengo á mano transcribo las siguientes líneas, en que yo decía, el año 97, cuáles eran los asuntos de Arredondo:

«Precisamente á las horas en que el sol inunda los patios decorados con azulejos, maderas talladas y ricos bélaustres; cuando arroja sus rayos, ardientes y dorados como las escuas, sobre las portadas árabes, góticas ó mudéjares, y penetra en las calles de Toledo iluminando los caprichos tan varios y geniales de nuestra arquitectura en puertas, ventanas, escudos y ajimeces, es cuando Arredondo encuentra en el natural ese interés que entusiasma hasta el punto de sufrir con paciencia, por estudiarlo y desentrañarlo en clara y comunicativa expresión artística, las más atroces temperaturas en el rincón soleado de un patio, á campo abierto, ó en el fondo asfixiante de una calleja.»

Y ahora añadiré que estos rasgos de Toledo aparecieron siempre en los cuadros de Arredondo, tan vivos como su imaginación, tan vibrantes como su voluntad y perfumados de ese orientalismo al modo ibérico, que consiste en un timbre espiritual arrobador con que nuestra Edad Media difundía por el mundo desde este extremo de Europa las ideas del Oriente.

Arredondo fué militante hasta su muerte. Cuando, hace cuatro años, dió la admirable catedral de Toledo un aviso de su ruina, aviso que yo transmití desde estas columnas, y del que nadie se acuerda ya, Arredondo, muy enfermo y agobiado de dolores, me acompañó hasta la cima de la torre, por todos los anditos exteriores é interiores del templo, por los tejados y por las bóvedas, durante todo un día, con el ansia juvenil de imponer sus opiniones, sus teorías, que habían prevalecido algunas veces sobre las de los técnicos titulares, de comunicarme sus temores y sus planes. A él se debe, á sus certeras inspiraciones, la restauración de la puerta vieja de Visagra y la del castillo de San Servando.

Realizó el sueño del pintor moderno, que, aun siendo fieramente naturalista, como lo era Arredondo, gusta de vivir acariciado por los confortantes rumores de la historia, y más si esa historia es la de Toledo, relatada por monumentos incomparables. Logró construirse un taller ideal al lado de la Puerta del Cambrón, sobre la antiquísima muralla que domina la vega y el curso del Tajo. Las ventanas de ese taller dan á los adarves, convertidos por Arredondo en jardín y en museo arqueológico; las almenas sirven de antepecho. Recuerdo con alegría los ratos que pasé allí en amenas charlas con Arredondo, y mi pensamiento, allí, en los adarves de tan venerables murallas, entre las macetas y los vestigios arqueológicos, es donde se despide de la siempre animosa imagen del ilustre muerto.

FRANCISCO ALCÁNTARA

ESPAÑA ECONÓMICA Y FINANCIERA

LA ESTAFETA

Entre las interesantes cuestiones que trata en su número último esta acreditada revista, dedica atención preferente á las siguientes: Las acuñaciones de moneda de plata falsas. La admisión de valores extranjeros y las Cámaras de Comercio. Nuestro comercio exterior. Las negociaciones franco-españolas. El ferrocarril de La Coruña á Santiago. Más sobre Consumos. El pleito de las Eléctricas. Abastecimiento de aguas de Barcelona. Un nuevo arbitrio municipal.

Cotizaciones de valores. Sección comercial. Reseñas bursátiles. Amplia información.

Se facilitan números de muestra. Libertad, 10, Madrid.

Folletín 119

—Eso será fácil mientras estés aquí, pero cuando te marches...

—Te ruego que no la hagas saber la verdad hasta que yo haya salido de San Petersburgo.

—¡Será horrible!—murmuró Golverine en voz baja, como hablando consigo mismo.

—Peor sería que desde ahora lo supiera. Ocultándoselo, la ahorramos inútiles torturas.

—Tienes razón.

—¿Guardarás el secreto?

—Sí, puesto que tú lo deseas.

—Gracias, padre mío—contestó Sergio abrazándole.

Pocos momentos después, Golverine entraba en el cuarto de su mujer.

Wanda reposaba echada en un sofá.

Tan pronto como vió á su marido púsose en pie y corrió á su encuentro.

—¿Has visto al ministro?—preguntó con acento de ansiedad.

—Sí.

—¿Y has conseguido lo que deseamos?

Golverine esperaba esta pregunta, y, sin embargo, no pudo dominar por completo su turbación.

—En parte...—contestó evasivamente.

—En parte... ¿qué quieres decir?...

—Quiero decir que el ministro me ha prometido no nombrar á Sergio hasta el último extremo. La guerra amenaza ser larga y penosa. Por fortuna, las fuerzas rusas son formidables. Ya han partido numerosas tropas de repuesto. El ministro espera que el ejército que está reuniéndose en Manchuria bastará para destruir definitivamente á los japoneses; hay, pues, muchas probabilidades de que no sea necesario el envío de nuevos regimientos. Tranquilízate, querida Wanda.

Esta respuesta no tranquilizó por completo á la pobre madre; pero, al formularla en tales términos, Golverine obedecía á un escrúpulo de conciencia; en realidad, no podía dejar á Wanda en una quietud de espíritu absoluta. De otro modo se exponía á matarla cuando pocos días después tuviera que hacerla saber súbitamente la verdad.

La condesa había vuelto á ocupar su asiento.

—¡Ah!—murmuró suspirando con tristeza—¡Qué horrible es la guerra!...

XXX

Revelación

Durante los días que siguieron á las escenas que acabamos de describir, Golverine vivió en constante zozobra é inquietud, esforzándose por dominar su emoción en presencia de Wanda.

Sergio, desde que había quedado resuelta su marcha, parecía más tranquilo, mostrándose para Wanda tan dulce y cariñoso como antes.

—Dime, Sergio—le preguntaba su madre con frecuencia;—¿crées que tu regimiento saldrá á campaña?

—¡No, madre mía!... Nadie habla de ello.

—¿De verás?

—De verás...

Y añadía:

—Los oficiales de la Guardia imperial sólo pueden salir de San Petersburgo á petición suya.

—¡Oh!... Entonces, nada tengo que temer... Estoy segura de que mi Sergio no solicitará ese peligroso honor...

Sergio, al oir á su madre, volvía á otro lado los ojos y con voz alterada, respondía:

—Si yo estuviera sólo, sin duda lo solicitaría, porque no soy un cobarde... pero tengo una madre á quien adoro, y á la cual me pertenezco por completo.

—¡Sergio mío!...

—Y por la cual debo sacrificarme.

—No... hijo de mi alma... tú no te separarás nunca de mi lado. ¡Yo... me moriría de pena!...

Y como al decir esto sintiera estremecerse entre las suyas las manos de su hijo:

—¿Qué tienes, Sergio?—murmuró, alarmada.—¿Por qué te estremeces?

—Me estremezco de oirte hablar de tu muerte, madre querida.

—Verdad es... no hablemos más de ello.

De este modo llegó la víspera del viaje.

Sergio pasó en el hotel aquella última noche, y fácil es adivinar cuáles serían sus sentimientos.

De cuando en cuando, el joven oficial cambiaba con su padre una mirada, en la que se traslucían sus desolados pensamientos.

Después de la comida pasaron al salón para tomar el té. La atmósfera era allí suave y dulce, y una tranquilidad absoluta parecía reinar en aquella familia feliz.

Sin embargo, un drama terrible se desarrollaba en el fondo de dos corazones.

El conde y Sergio, sentados junto á Wanda y Sonia, fumaban mientras bebían el té. Aquella fué la única noche en que no se habló de la sangrienta guerra, que, no sólo en Rusia, sino en todas partes del mundo, constituía el tema principal de las conversaciones.

Poco antes de las once Wanda se puso en pie.

—Estoy un poco cansada—dijo—y me voy á acostar.

—Yo te acompaño, mamaíta—exclamó Sonia.

—¿Y vosotros?—preguntó Wanda, dirigiéndose á su marido y á Sergio.

—Por mi parte, no tengo sueño—contestó éste.

—Ni yo tampoco—añadió Golverine.—Nos quedaremos todavía charlando un rato.

—Entonces, hasta mañana.

—Buenas noches, madre mía—murmuró Sergio, abrazando á su madre con una violencia de la que apenas se dió cuenta.

—¿Por qué me abrazas así, Sergio? ¡Me has hecho daño!—exclamó Wanda sorprendida.

—Perdóname, madre mía—se excusó Sergio...—¡Te quiero tanto!...

Hacía mucho tiempo que su hijo no tenía para ella tales manifestaciones de ternura. A Wanda, pues, le extrañó oir tales palabras aquella noche en boca de Sergio.

Este, sin dejar de mostrarse con su madre afectuoso y solícito, no la prodigaba las caricias que en otro tiempo le eran habituales. La condesa, cuyo corazón maternal no había variado, había sentido cierta inquietud al advertir aquel cambio.

¿Qué extraña influencia obraba sobre el alma de su hijo? ¿De dónde provenía aquella súbita frialdad? A estas preguntas no había obtenido contestación satisfactoria.

Y de pronto, cuando menos lo esperaba, volvía á encontrar á su hijo tan cariñoso como antes...

Su inquietud, sin embargo, cedió el paso á la alegría cuando oyó á Sergio decirla:

—¡Perdóname, madre mía... te quiero tanto!...

Sergio había pronunciado estas palabras con visible emoción, al mismo tiempo que fijaba en su madre una ternísima mirada.

—¡Hijo mío!—murmuró Wanda dándole un largo beso en la frente.

El conde contemplaba conmovido aquella escena.

—¡Quién sabe si será éste el último abrazo que reciba de su hijo!—pensó.—Mañana estará lejos de aquí, y dentro de algunas semanas habrá entrado en campaña... ¡Y una vez allí, en medio de esa terrible guerra, que está produciendo tan espantosas hecatombes, quiera el cielo protegerle!...

Sergio se arrancó de brazos de su madre, y con igual afán y ternura fué á abrazar á su hermana.

—Buenas noches, Sonia—murmuró.

—Pero ¿qué te pasa hoy, que estás tan cariñoso con nosotras?—exclamó la muchacha riendo alegremente.

—No nos quejemos de ello, hija mía—observó Wanda.

—No... si no me quejo... Pero, vamos, en él, que es tan poco expansivo, me choca esta explosión de cariño.

—Pues por mi parte—añadió Wanda,—le condeno á que todos los días haga lo mismo.

En los labios de Sergio se dibujó una sonrisa de mártir.

—Acepto el castigo, madre mía—balbuceó, procurando disimular su turbación.

Antes de llegar á la puerta, Wanda se volvió hacia su hijo, y con un gracioso movimiento de su mano, y con voz dulce como una caricia:

—¡Hasta mañana!—exclamó.

Sergio no pudo contestar. La emoción le ahogaba, y limitóse á inclinar la cabeza.

Su mirada permaneció fija en aquellas dos adoradas criaturas que iban á desaparecer. Parecía como si quisiera conservar de ellas una visión suprema é indeleble.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellas, Sergio dejó escapar un hondo suspiro, y al volver el rostro hacia Golverine vió que éste, como él mismo, tenía lágrimas en los ojos.

—No ha sospechado nada—murmuró el anciano.

—¡Tanto mejor!—contestó Sergio.

—Tanto mejor... por hoy—interrumpióle Golverine con acento angustiado;—pero ¿y mañana?

—¡Mañana, tú la consolarás, padre mío!

—¿Cómo prepararla á recibir tan tremendo golpe?—murmuró Golverine, como hablando consigo mismo.

Y apoyando la cabeza entre sus manos quedó sumido en dolorosa meditación.

Durante algunos momentos ambos guardaron silencio.

Luego Sergio volvió á recomendar al conde que consolara á su madre, y por espacio de largo rato habló también de su amor y de la esperanza que abrigaba de encontrar allá, en la fiebre de las batallas, la tranquilidad del espíritu y el olvido que le era imposible hallar en Rusia.

Mientras hablaba Sergio, Golverine le observaba atentamente, y se estremecía al pensar qué era lo que el joven iba á buscar en la guerra...

...La muerte irreparable...

—Preciso es que nos separemos—murmuró Sergio al fin.

Golverine se levantó de su asiento.

(Se continuará)

© Biblioteca Nacional de España